

El Negro Roca

Hay una edad en la que naturalizamos inocentemente lo que a ciencia cierta es antinatural o perverso. Hay una edad que todo nos causa gracias por más terrible que sea, porque todo lo que vivimos está recubierto por una capa gruesa de ingenuidad parecida al chocolate de las tortas de cumpleaños. Hay una edad en la que lo malo y lo bueno no tienen un límite definido ya que esa delgada línea se va abriendo como las aguas del mar rojo ante la orden de Moisés para liberar a los judíos de la persecución de los egipcios.

A través de los años por la educación, por los golpes o por el temor a ser castigados vamos forjando nuestro modelo de vida, nuestra moral y nuestro patrón ético que nos permiten vivir en una sociedad pseudo-civilizada.

Tenía once cuando conocí al Negro Roca un día que me había animado, desobedeciendo la orden de mi viejo, a volver a pata a casa para ahorrarme el boleto del colectivo y así comprarme un paquete de figuritas. El Negro cruzaba por Lascano y yo venía derecho por Lope de Vega. Era una época convulsionada, pero en el mundo de los pibes lo que pasaba en nuestro país nos tenía sin cuidado.

—¡Che chavón! ¿Vos sos nuevo por acá? ¡No te conozco! —me gritó y aceleré el paso. No era miedo, pero era algo parecido al miedo, una sensación de que algo malo me podía pasar por haber tenido el atrevimiento de hacer algo que no estaba permitido por mis padres.

—No, yo voy al colegio de los curas— le respondí y él se descostillo de risa. —¿Qué tiene de malo? ¿O vos no vas al cole? —lo increpé engrosando mi voz, como si el tono grave que imposté hiciera que mis delgados músculos fuesen más fuertes y temerarios.

—¡No chavón! ¡Era para saber si eras del *rioba*! ¡Acá a los que no son de la zona, los rajo o los cago a piñas —trató de explicarme con un acento

cuasi mafioso —soy el Negro Roca, todo el mundo me conoce por acá —se presentó con el ímpetu del que está marcando su territorio.

Con el tiempo me di cuenta de que nunca supe su nombre de pila, pero me alcanzaba con su apellido que nunca mejor podía definir la dureza de mi nuevo amigo.

Esa mediodía, mientras almorzaba el religioso plato de fusiles de los jueves, en la tele anunciaban que un tal Rucci había sido ametrallado por los montoneros. Ahí caí en la cuenta de cuánta razón tenía papá por advertirme que no era seguro andar por las calles de Buenos Aires como un iluso. Hacía unos meses que había vuelto Perón y se suponía que volvía a Argentina para lograr la pacificación después del asesinato de General Aramburu.

Recuerdo que ese día estuve muy preocupado pensando en lo que me podía pasar en la calle, pero esa preocupación me duró muy poco ya que al ver las *figus* difíciles que me había comprado en el kiosco, al día siguiente, también me animé y volví a pie de la escuela.

Ese día el Negro me llamó desde la vereda de enfrente por mi nombre, no recordaba que se lo hubiera dicho pero al parecer el tipo ya había hecho un trabajo de inteligencia sobre mi persona, propio de un malevo profesional.

—¿Qué te pareció lo de Traviata? —me pregunta y yo encogiéndome de hombros no supe qué responder —¡Traviata el de los veintitrés agujeritos, chavón! ¡Como la galletita marmota! ¡El sindicalista! —me aclaró y pude entender que se refería al tristísimo hecho del día anterior. Por esos tiempos había una publicidad de unas galletitas de agua que se caracterizaban por tener veintitrés agujeritos sobre su superficie lo que la hacían diferente a otras que tenían menos agujeritos. Él me lo contaba con lujo de detalles como si fuera un chiste de Jaimito y yo me reí, me reí de algo que no era para reírse, pero los pibes por esos tiempos no dimensionábamos el dolor y el sufrimiento que podía sentir una familia. Tampoco dimensionábamos el dolor que podían sentir nuestros padres, solo si los veías llorando

empezábamos a entender que eran seres que sienten dolor y no personas superpoderosas que están más allá y que ni siquiera la más profunda pena puede dañarlos.

Ese fin de semana el Negro Roca me había invitado a jugar al fútbol a un club del barrio, por lo general los sábados yo iba a jugar a la parroquia, pero no sé por qué... será por esa necesidad de descubrir cosas nuevas, a escondidas de mis padres tomé la iniciativa y fui a jugar con el Negro.

Éramos seis contra seis, Yo le dije que a mí me gustaba jugar de delantero, pero en contra de mi voluntad me mandaron al arco. El partido se había picado, estos pibes no jugaban como lo hacían los chupacirios de la parroquia, estos jugaban duro y no se comían los mocos. En una jugada donde un colorado del equipo contrario se me vino al humo como una locomotora me le arrojé a los pies para evitar que pateara y el pobre voló por el aire cayéndose de trompa adentro del arco. Le sangraba mucho la nariz, yo estaba asustado por las consecuencias que se avecinaban. El colorado se limpió la sangre con la camiseta y me vino a boxear. Sin mediar palabra, el Negro Roca, me dio un empujón para separarme de él y con dos piñas en el estómago lo dejó tranquilito y sin aire por un rato. Continuamos con el partido sin mayores agresiones. Volvimos pateando la pelota, alternando con un toque contra la pared y otro entre los dos como si estuviéramos haciendo un avance para el gol definitorio de un mundial. Cruzábamos las calles y no nos importaban las puteadas que nos mandaban de los autos en las esquinas. El balón era del Negro, era su único juguete y una señal adicional de su tremendo poder. El Negro me felicitó por las atajadas que me había mandado y sentí orgullo por haberme probado en un mundo donde los malos tienen que defenderse como perros salvajes para no ser devorados.

Un día me dijo si quería ir a tomar la leche a su casa y fui. La casa era una especie de conventillo, vivían una o dos familias en los departamentos de adelante. La madre del Negro me miró raro, como quien abre un paquete

que tiene comida en mal estado, a pesar de eso me sirvió una taza enorme de mate cocido con tres cucharadas de azúcar. Al rato escuché una chica llorando que golpeaba la puerta de chapa.

—¡Doña Inés! ¡Doña Inés! —gritaba desesperada.

La mamá del Negro, que hasta ese momento no sabía que se llamaba Inés, le abrió la puerta y pudimos verla. La chica tenía la boca partida y un ojo en compota.

—¿Qué te pasó? —le preguntó, pero la chica solo lloraba —¿Qué te pasó carajo? —volvió a preguntar enojada.

—¡El Felipe me pegó! —respondió quebrando su respiración en cada sílaba.

Los mofletes del Negro Roca que estaban llenos de mate cocido explotaron y el líquido roció toda la mesa y mi cara. El empezó a reírse como si estuviéramos viendo a Moe golpeando las cabeza de Curly y Larry tomándolos de las orejas. Yo también me reí, y no sé por qué, quizás la risa del Negro era contagiosa, pero me reí a carcajadas para demostrarle que a mí también me hacía gracia lo que no era gracioso.

—¿Y vos que le hiciste? —insistió la mamá.

—¡Nada! —le reprochó la chica.

—¿Nada? —repreguntó.

—¡Nada! ¡Nada doña Inés! ¡Nada!

—¡Entonces jodete! —le respondió la vieja y la agarró del brazo llevándola a los tumbos al baño.

Al rato salieron las dos mujeres mientras nosotros seguíamos haciendo bromas. La chica tenía todo el pelo mojado y por la cara seguía chorreándole sangre. La señora me miró con esas miradas que dicen todo y me di cuenta que ya era hora de volver a mi casa.

Nunca supe por qué me había hecho amigo del Negro, éramos de dos razas diferentes, no éramos distintos por la piel o por el cabello o por la

religión, éramos distintos porque teníamos un ADN diferente, en mi caso una familia que se preciaba de normal y en el caso de él una familia disfuncional. Del padre del Negro nunca supe nada, al parecer era una figura al margen de esas que solo aparecen si hay que ir a poner la jeta en la escuela cuando los mandan llamar. Pero un día en la canchita del le pregunté por una marca morada de hebilla que se le veía a través de la camiseta blanca traspirada, el Negro me confesó que el viejo no perdía ocasión para mamarse y cuidadito con el que se le cruzaba en el camino porque lo molía a palos.

Terminé el colegio y dejé de verme con el Negro Roca por muchos años, diría que más de treinta. No había escuchado más de él. Un día Hernán un compañero de papi futbol agregó a un nuevo miembro a nuestro grupo de WhatsApp que usamos para pasarnos fotos de minas en pelotas y de paso poder coordinar los partidos de los viernes. En el momento no le presté atención, pero ese viernes mientras me acomodaba los botines en el vestuario escucho esa voz que era inconfundible a pesar del tiempo que nos había pasado a ambos. Las maneras de hablar, al menos en mi caso, son como una huella digital de las personas, podés cambiar de fisonomía o ponerte una careta, pero yo te voy a reconocer siempre. En este caso no tenía dudas que era el Negro, el Negro Roca. Él tardó en reconocirme y si no fuera porque lo escuché gritar tampoco lo hubiese reconocido. Estaba más flaco, alto y huesudo, tenía el pelo mucho más crespo y entrecano y el brazo completamente tatuado con figuras que podrían llamarse bellas desde lo artístico, pero eran importunas para llevar en un brazo de alguien normal, calaveras, armas y doncellas diabólicas en bolas se dejaban ver por la manga de la camiseta.

—¿Qué hacés Marce? —me saludó y me di cuenta de que aún yo estaba vigente entre los episodios de su tortuosa vida.

El partido arrancó tranquilo, esta vez por suerte me habían sacado del arco, yo ya me había ganado un lugar como *win* izquierdo. Cuando

perdíamos dos a cero se empezó a picar. Mis amigos no sabían que yo conocía al Negro, y sabía que ante cualquier tipo de cruce el resultado podría ser impredecible. De pronto el central contrario luego de hacerme un caño, le pone una alevosa plancha al pecho Richard, uno de los nuestros y se pudrió todo. El Negro Roca se le fue al humo e igual que aquel partido de nuestra infancia le pego dos piñas al muchacho rompiéndole el tabique. Suspendieron el partido y llamaron a una ambulancia. No tuvimos pizza con cerveza como solíamos tener todos los viernes después de los partidos, el horno no estaba para bollos.

Como era de esperar la semana pasó sin pena ni gloria y volvimos a encontrarnos en el club para seguir con la segunda fecha de aquel minitorneo. Mientras estábamos sacando la ropa de los bolsos todos los celulares de mis compañeros de equipo dieron al unísono una señal de que habíamos recibido un mensaje. “Yo perdido... perdido... Tuve una semana infernal, no tengo ganas de hablar con nadie, perdón por el plantón a último momento” con voz que parecía de ultratumba avisaba al grupo de su faltazo. Percibí la cara de preocupación de mis amigos ya que el Negro era una pieza clave para el equipo, había demostrado en poco tiempo que era muy habilidoso con la gambeta. De más está decir que en ese partido nos llenaron la canasta, pero nos quedaba la ilusión de que el próximo viernes podríamos recuperarnos contra los que venían de Monte Castro.

Esa semana fui todas las noches al gimnasio para estar bien en forma para ese partido clave, hasta me compré unos botines nuevos ya que los que tenía estaban bastante gastados. Llegó el viernes, todos estábamos nerviosos y expectantes a que llegara nuestro salvador, el Negro Roca. Mientras estábamos preparándonos y solo faltaban unos minutos para entrar a la cancha recibimos otro mensaje de voz. “una... una recagada... tuve una discusión con Cecilia, había escabiado como loca, discutimos... y se puso agresiva, la agarré del brazo y la tiré al piso... para que no me tirara más

piñas y se lastimó la boca... y llamó ... llamó al 911 y quedé pegado por violencia de género... la primera vez en mi vida... que caigo en cana... así que... bueno... un desastre... así que ahora estoy con perimetral... no me puedo acercar a menos de trescientos metros... y estoy acá y me quiero morir...” con voz entrecortada pudimos escucharlo.

Todos nos quedamos mirando las caras de los otros y no entendíamos nada, era un bajón entrar al partido con el ánimo por el piso. A mí me vino la imagen de aquella vecina que había tocado su puerta cuando estábamos tomando la leche y no sé... no sé por qué asocié los dos hechos, algo tenían en común pero no lo tenía claro. Por suerte esa vez el equipo puso lo mejor, no sé si por el Negro o por nuestro orgullo y así logramos un más que merecido empate. Al terminar, pensé en llamar al Negro, pero me contuve, me di cuenta de que nuestra amistad de la infancia no tenía nada que ver con este nuevo vínculo que estábamos teniendo a partir del fútbol amateur. A mí me hacía ruido todo lo que tenía que ver con violencia y mucho más cuando de género se trataba. Esa semana no pude dejar de pensar en ese mensaje de desesperación, ese mensaje de alguien que estaba al borde de la cornisa, viviendo o mejor dicho muriendo al límite.

Al viernes subsiguiente mientras empezábamos con el ritual previo al encuentro por la puerta del vestuario apareció el Negro Roca y el lugar se llenó de alegría, una extraña alegría, era una especie de reencuentro de alguien que vuelve ileso de una guerra, era el recibimiento de un héroe. Ingenuamente, pensé que esa manifestación era una demostración de que existía un código de hombres, o tal vez de machos, o tal vez de bestias y yo podía ser cómplice inconsciente de algo terrible que pasaba afuera. Yo también le di un abrazo al Negro, pero sentí por dentro que no era un abrazo sincero. Seguimos acomodándonos las medias y las camisetas que había traído Hernán lavadas y planchaditas. El Negro se acomodó a mi lado para guardar su bolso azul en el locker. Yo estaba con mi pecho apoyado sobre

mis rodillas tratando de atarme los cordones. Como un vaticinio pude ver que una mancha oscura aparecía en el piso blanco al momento que nuestro amigo empujaba con fuerza el bolso en el armario cerrándolo con llave. Pensé de modo inconsciente en la frase del Diego “La pelota no se mancha” y me reí. Miles de ideas locas me pasaron por la cabeza, no me animé a tocar esa mancha, a pesar de que estaba a solo unos centímetros de mi mano. No supe qué decir. El Negro me miró y me guiño un ojo.

—Creo que no estoy para el primer tiempo, tengo que hacer un rato de estiramiento sino me voy a romper —me justifiqué.

Me metí en un baño, me senté en el inodoro y esperé a que todos entraran a la cancha. Aproveché ese momento para salir y vestirme de nuevo. Como un prófugo al que buscan por un homicidio que no fue culpable me fui del club, apenas saludé al encargado del vestuario con un gesto y salí. Quería salir corriendo. Ya en la puerta pude ver que la calle era una boca de lobo, entre los árboles una luz se prendía y apagaba en el techo de un auto. Lo estaban esperando.